



VIERNES SANTO

me, ni aun lo pienso. Pero si ella es lo más natural, el abundante fruto del Cristianismo! Si no ha hecho otra cosa desde que existe que luchar, víctimas, tormentos, y efusión de sangre! Si lleva por donde pasa el odio intolerante, el privilegio, que mata el derecho; la mentira, que obscurce la mente y perverte el corazón; las tinieblas, que ocultan a los pueblos las sendas de la cultura, que son el amor, la libertad y la justicia!

Ningún cristiano tiene por qué lamentar la penne contienda que desdora, manchándolo de hiel y de sangre, el sepulcro del Crucificado. Sin duda, no hay humo de incienso tan grato al dios cristiano como el vapor de la sangre, ni salmodia tan armoniosa como los insultos del odio que enciende la ira y sugiere el crimen.

Dicen que ahora el Papa abraza el propósito de trasladar el Santo Sepulcro a Roma. Nadie atribuye este intento al deseo de concluir con una causa de lastimosas peleas; no lo que el Pontífice quiere es enriquecer más su Vaticano y despojar de tan productiva, aunque fuese reliquia, a los cristianos de las otras sectas; en suma, la avaricia y el odio: siempre las pasiones de la guerra!

Desdichado Jesús! ¿Era esa paz la que nos dejabas? ¿Hasta el sepulcro, el más propio emblema de la paz, por pertenecerle o parecerlo, es un semillero de rencores, un recinto de combates y un manantial de sangre humana! No has dejado más que eso: la religión más sangrienta que vio el mundo.

José Ferrándiz.

Cristo y Adonis, resucitados

Con certeza histórica no se sabe la fecha verdadera del nacimiento de Jesús ni la de su muerte: para la falta que hace.

En los primeros tiempos del Cristianismo no había Semana Santa, no se conmemoraba la Pasión y Muerte de Jesús; lo que se celebraba era su pretendida resurrección; era más lógico.

Para ello escogieron los cristianos el mismo día en que el paganismo celebraba con fiestas religiosas la resurrección del Sol, simbolizada por la salida de Adonis de su tumba, que era la fiesta de la primavera. ¿No es singular esta coincidencia?

En el día de festivo pagano, las gentes, al encontrarse, se decían: «¿Adonis! resucitado!» En la Pascua igualmente se decían los cristianos, al encontrarse y por vía de saludo: «¿Cristo ha resucitado!» (También es singular).

Basó por el Oficio divino de Pascua para conmemorar de que esta solemnidad es de origen pagano, la misma de Adonis en Primavera.

El Sábado Santo, el oficio, con un eslabón, saca el fuego nuevo de un pedestal; con ese fuego enciende un cirio, que representa a Cristo, y pide a Dios, creador de toda luz, que cendiga este fuego, invitando también a la Tierra a alegrarse de ver disparadas las tinieblas de la Naturaleza.

En religiones más antiguas se verificaban ceremonias semejantes en las fiestas primaverales. El uso del eslabón y el pedestal, para producir un fuego nuevo que no procediese de otro, estaba muy generalizado en el paganismo; los cristianos han inventado muy poco en bagaje dogmático, lo mismo que el ritual, lo tomaron de la casa sajona. Ahora toman el dinero y las mujeres.

El absurdo de la sangre redentora

Es un concepto de salvajes.

Hay en el dogma de la redención humana por la muerte de Jesús una idea fundamental que, a fuerza de ser un tropo manido, apenas fija la atención de nadie, y, sin embargo, es la base de la fe cristiana. ¿Cómo que ella por sí sola constituye la demostración del origen simplemente humano del Cristianismo?

Ya la razón humana ha llegado a convencerse de que jamás se dio en el planeta que habitamos el caso de un acto de intervención directa ostensible de Dios, la primera causa en el curso de los sucesos que aquí se desarrollan.

Si el Dios personal, distinto del Universo, existe, no se condebe que se vea prelado, o que por suprimirlo, al no le impulse la necesidad, le mueva algo a entrar en relaciones de ser a ser, con la criatura: le bastarían las leyes de la Naturaleza para que su voluntad se cumpliera sin rebelión posible de ante alguno por libre que fuese.

Dios, pues, siempre suponiendo su existencia, no se ha manifestado a hombre alguno, no le ha hablado un lenguaje posi-

vo, no le ha inspirado una serie de pensamientos a él externos y por él inconcebibles que a plena conciencia entendiese que por la entidad extraterrena se le comunicaba.

De otro modo: Dios no se ha revelado positivamente a nadie, no ha dictado ni inspirado libros, no ha hecho milagros, y, por lo tanto, ni ha escogido pueblo alguno, ni lo ha maldecido, ni ha fundado religiones. A nadie le ha dicho: «Ma adoraéis así; aprended esa afirmación; y, aunque os parezca absurda, creedla, porque yo la he revelado»; o bien: «Yo soy uno y trino, y tengo estos ó los otros atributos.» Menos aún ha nombrado representantes suyos entre los hombres y sucesión de ese vicariato.

Quien afirma que algo de esto ha sucedido entre Dios y el hombre, tendrá que evidenciarlo. No lo ha hecho aún uno solo, ni uno. Los portentos no constituyen demostración si fueran posibles; no lo son: adolecen de industria unos, de falsedad en el relato otros: los que describen las historias de todas las religiones.

Lo extraño de las ideas que sirven de fundamento en los dogmatismos tampoco impide lo suprahumano: todo se reduce a que eran ideas inconcebibles por el vulgo, nunca por hombres más ilustrados e inteligentes que él.

La antigüedad, la propagación y subsistencia de una religión cualquiera, el número y calidad de sus adeptos, el de sus mártires, la cultura que haya determinado en las masas, nada de esto constituye ni indicio siquiera de origen extraterreno: todo se explica históricamente; en efecto, es lo mismo lo mismo natural, es humano. El hombre aún no ha realizado en esta su mansión un solo acto ni ha salido de su cerebro una sola idea, ni de su corazón un solo afecto que no sea propio de su naturaleza y determinado por ella.

Cuanto sucede en el mundo hecho por hombres, humano simplemente es, y cuanto ellos conciben, en humano lo hacen lo dilatan y lo precisan.

Estas grandes verdades, aunque tan obvias, mucho han tardado en penetrar humanas inteligencias; pero, al fin, ya no son un secreto más que para los hombres de incompleta cultura, y al presente, informan los altos desiguales del mundo del saber llamado a transformar las sociedades, no resistiendo el espíritu religioso, que la humana entidad, sino dándole a este adensada aplicación no contraria a la Naturaleza, que es la verdad, y, es claro, librándola del yugo de las religiones positivas.

Pero toda esta luz ha exigido mucha obra del eslabón sobre el pedestal del dolor, la efusión de sangre y la muerte del ofensor; así únicamente queda aplaceado el ofendido, resucitado la justicia antes violada. El primer hombre, ¿quién al Obediente? Debía quedar resucitado a la condición más triste por siglos y el Hacedor aún no satisfecho había no ver víctima de atroces sufrimientos, vertida su sangre y muero de resacas, un ser de categoría bastante para aplacar en representación de todos.

Cuando se sabe Historia y se ha estudiado el hombre, basta sobre el cual se ha estudiado el principio para notar que viene de pueblos sencillos aún en la barbarie y de tiempos en que las pasiones inferiores, la venganza, una de las más dominantes, se sobreponían a los instintos nobles y aun los bastaban con su perturbador influjo.

El concepto de Dios de esos pueblos niños no excedía mucho al del rey, del señor, del padre de familia en ese tiempo. Se trataba, en suma, de un concepto de un ser superior, con ganas y sacrificios, tal como los de hoy y de pasar, se dejaba influir en sus actos por esas queridas; a una prefería y a otros rechazaba: una concepción de Dios primitiva, semisalvajista, no indeleble e inconfundible carácter de humana, que sabe a la mano que denuncia su origen y su fuerza.

Y es curioso que en la misma Teología cristiana se halla ese principio refutado. Según aquélla, Dios no puede ser realmente ofendido por ninguna criatura en el recto sentido de este verbo. Esta afirmación viene ya de una época bastante adelantada en el proceso filosófico cristiano; por eso contiene bastantes racionalidad. Y hay otro dogma, el de la rebelión de los ángeles, que entraña en sí mismo la refutación más convincente de ese principio reparador por el sufrimiento de un ser del más elevado orden.

En efecto: un ángel de la categoría suprema es casi inmediato a Dios es la rebelde y arcaica consiguiente miradas de ellos entre los otros órdenes angélicos. En este supuesto crimen, el más horrible imaginable, a los ángeles no les cabe la menor excusa; tampoco al primer hombre.

Pero la ofensa de éste, consecuencia, después de todo, de la angélica, exige un reparador más excelente que los ángeles; y la de éstos no, y aún está por reparar; así Dios queda ofendido y por nada aplacado.

El absurdo de este concepto más patente se refutamos en que tanto más grave es la ofensa cuanto más exalta al que la inflige, dando un mismo objeto de ella... Y libre el hombre, libre el ángel, en comunicación directa uno y otro con Dios, si delito del segundo no ha tenido redentor, y si el del primero; la sangre de todo un Hombre-Dios como virtud de redimir infinitos universos,

según afirma el Catolicismo, no ha bastado, de dos rebeliones, más que para una: la de los rebeldes. ¡Monstruoso desatino!

Dogmatismo a un lado, todos absurdos, ¿hay nada más inocente, primitivo, selvático y mezquino que este principio de la reparación por la sangre? Quien tenga del Ser Supremo un concepto grandioso, podrá suponerle tan cruel, tan tímido y tan... hombre, que necesite dolores, sangre y muerte para reconciliarse con la estirpe de un gusano creado por Él, si hubiera podido, que no puede, molestarle? Pero ¿es que la sangre verdadera tiene la virtud de aplacar dioses ó sencillos hombres justos?

Pues eso es el fundamento del Cristianismo y la tesis del drama del Calvario: el animal humano, que, puesto a pintar a Dios, le da su forma, como el león, el conejito la misma empresa y la realiza, lo pintaría león del desierto.

Un Clérigo de esta Corte.

VIERNES SANTO

«No sientes, Juan, enternecerte tu corazón y acudir lágrimas a tus ojos oyendo lo que el predicator dice acerca de la pasión y muerte de Cristo?»

«¿No te edificas lo que refiere de su santa vida, conagrada al bien de los hombres? ¿No te admira el desprecio que siempre profesó a la materia y su desinterés y abnegación? ¿Lo mucho que le preocupaban los pobres y los pequeños? ¿El concepto tan sublime que tenía de la palabra caridad?»

No; y lo que es el predicator siendo bien lo que es.

Mirado con la voz congojosa y la mirada triste describiendo la escena del Calvario, las angustias de Jesús, los dolores de María.

Esa impresión que seaba de lanzar contra Judas, traidor miserable que vendió al Justo por treinta dineros, es de lo más sublime que ha salido de labios humanos.

«¿No te conmueve la Religión que hasta ese punto conmueve las almas apartándose de todo lo mundanal y persiguiendo para fundir en el orol del sacrificio? ¡Mil y mil veces sea alabada por todos los que!»

Pero redobla tu atención, que comienza el orador a describir la agonía.

«¿No me oyes? ¿Qué has a? ¿Adónde miras?»

Rancho de ti y de tu casa. Pues ¿no te distraes en un acto tan solemne como este para contemplar con ojos avarientos el oro y la plata que cae en las baldas colocadas en las mesas de patio y cuyo ruido apaga los ayes que lanza el predicator al pintar los últimos estertores de la agonía del Hijo de Dios?

«¿Si sería impío y tendrías el corazón de bronce y péñ?»

José Nakens.

El sudor de sangre

Una de las escenas más patéticas y conmovedoras de la Pasión del buen Jesús, es su retirada al Huerto de las Olivas, donde había de ser preso.

La Iglesia ha sabido sacar muy buen partido de las tristezas y angustias del Salvador en aquel sitio sobre el cual tampoco están muy acordos los Evangelistas. Jesús sufre allí, se entristece, se angustia, siente su corazón oprimido, se rebela la carne flaca ante la perspectiva de los dolores que la aguardan, y la emoción de Cristo es tan intensa que, según San Lucas, «el sudor Evangelista que hace constar este detalle, «fue su sudor como gotas de sangre que descendían hasta la Tierra».

El sudor de sangre! Los predadores está día hacen hondo hincapié en tan imponente circunstancia, y proclaman muy alto aquel maravilloso prodigio, que no podía darse más que en el Hijo de Dios. Los fieles escuchan conmovidos este relato, y el sudor de sangre del buen Jesús va derecho a su corazón, y abre en él las válvulas de la más profunda compasión y de la admiración más intensa.

Sin embargo, la Ciencia explica este sudor sangriento de Cristo de la manera más natural y sencilla. Jesús en, el Huerto, evoca de una manera intensa el recuerdo de su muerte, que va próxima; la sensación de esta imagen vivísima provoca la alteración de uno ó varios sistemas de nerviosos centrifugos, que dan lugar a contracciones de los músculos de la vida de relación ó de la vida vegetativa. De aquí se originan trastornos muy sensibles en el aparato vaso-motor, Cristo tiene miedo, y una de las fases del miedo es a angustia, que se traduce por agitación muscular (las ideas y venidas de Jesús hecia los discípulos), palidez y ruborización súbita. Los ataques de angustia sobrevienen generalmente por la noche, entre los veintidós y treinta y cinco años, y provocan alteraciones visuales de carácter religioso. Así lo afirman eminentes psicólogos, entre ellos Pitres y Regis en su libro *Les obsessions et les impulsions*. El ángel que se aparece a Jesús, confortándole, no puede corroborar esta teoría.

El ataque de angustia estalla de repente; Cristo, decidido y animoso en la última cena, se abate apenas penetra en el Huerto; el angustiado se esfuerza por rechazar la imagen ó alucinación provocada de su estado; pero esta lucha no hace sino exasperar sus nervios; por eso Jesús reaga al Padre que aparece al de aquel cáliz de amargura, etc., etc.

La conciencia del individuo sujeto a la angustia se agita en una mezcla de temor y de duda, de terror y de esperanza, de conatos de fortaleza y de debilidad extrema, sobre todo cuando es provocada por la avocación de la muerte. Los ataques de angustia son frecuentísimos entre los condenados a muerte; experimentan opresión en la garganta y en el estómago, maliciales, ardientes, coloraciones súbitas del rostro y sudor abundante. Las alteraciones vasculares son tan intensas en ciertos ataques de angustia, que la Ciencia las distingue con el nombre de ataques vaso-motrices.

Colocado un sujeto en esta situación, que era como Jesús estaba en el Huerto, los ataques vaso-motrices pueden adquirir tal intensidad, que se produzca un fenómeno que no tiene nada de maravilloso, y que se llama hematuria, ó sudor de sangre.

El sudor de sangre lo conocen ya Arriola, Galeno, Avarros, Jerusl, Semart, Barholin, Roudet, Donatus y otros médicos antiquísimos. Jesús no es ni ha sido al primer caso, como veremos; los análisis médicos citan frecuentes casos de sudor de sangre, provocados por la angustia y el sueño hipóxico, sobre todo en los místicos y en los neuróticos.

¿Cómo se verifica, mejor dicho, cómo se explica científicamente el sudor de sangre? De un modo muy sencillo.

Existe, a flor de piel, bajo la epidermis una red de pequeños vasos donde circula la sangre, y que se llama capilares. Estos vasos son blancos, y elásticos como tabitos de goma. Si la sangre llega a ellos en poca cantidad, permanecen flojos y la piel está pálida; si la sangre alulle con abundancia, se hinchan, y la piel se enrojece, porque la hinchazón de la piel no es sino la de los vasos capilares, que han aumentado. La presión de la sangre puede ser tan grande en estos capilares, que su parte líquida trasude a través de su pared, dando lugar al edema, ó que los glóbulos blancos y rojos la perforen y acompañen al suero, dando lugar a una hemorragia por diapedesis, ó que los capilares se vuelvan como el tubo de una cañería de agua.

En el caso, si la sangre extravasada permanece en los intersticios de la piel, se produce una equimosis; si sale al exterior, entonces tenemos la hematuria, ó sudor de sangre.

Este último caso fué el que se verificó en Cristo en el Huerto de las Olivas, por efecto de la gran angustia a que estaba sujeto, angustia tan intensa que produjo el trastorno vasomotor que determinó el sudor de sangre ó hematuria.

Por consiguiente, no hay en este detalle nada de sobrenatural y divino, y téngase en cuenta que el único Evangelista que refiere esto, San Lucas, era médico, según la tradición. ¿Conocería el fenómeno llamado hematuria?

Sangre, como Cristo, y mucha más que Él, han sudado numerosos místicos y enfermos del sistema nervioso. Los analistas dignísimos y científicos, que han presentado las lagas de Jesús ó de San Francisco, no eran más que unos histéricos profundamente impresionables, y sus lagas no eran más que manifestaciones de hematuria. Chaffard cita el caso de una joven atacada de histérico con éxtasis místicos durante los cuales sudaba sangre, y manchaba con ella los lienzos que la cubrían. Sangre es la que el caso de una Hermana de la Caridad, que sudaba sangre por la frente y mejillas durante sus crisis o nerviosas.

Las vidas de los santos, y en especial de las santas, están llenas de sudores de sangre que en aquella época los legeros creyentes aceptaban como un signo incontrovertible de santidad, y que hoy hacen sonreír a los médicos ilustrados modernos.

Santa Lutgarda, meditando un día sobre la pasión de Cristo, vio inundado todo su cuerpo de un sudor copioso de sangre.

La venerable Juana de Jesús María, monja clarisa de Burgos, sudó un día sangre por todo su cuerpo y otra vez brotó de su cabeza, manos, pies y rostro.

La beata Ana Catalina Emmerich, si mal no recuerdo, agonizante, tenía las lagas del Salvador; sudaba sangre, realizaba viajes imaginarios a Tierra Santa y presentaba cruces sangrientas en su pecho. También gozaba de la facultad de transmitir el pensamiento.

La venerable María de Maeri tenía en la región del corazón una lagas, de la que manaba sangre. Tenía éxtasis y visiones maravillosas. Durante sus visiones, como el Cristo, se comprobó que gozaba de la transmisión directa del pensamiento.

Domínguez Larrari también sudó sangre, fenómeno que presentó repetidas veces el doctor Del-Cloche, y hasta analizó la sangre. Era una mística exaltada, con alucinaciones visuales.

Madama Molli presentaba las lagas de Jesús; sudaba sangre durante sus éxtasis y alucinaciones. Fue estudiada con gran esmero por el doctor Ravertit. Era histérica, mística; padecía de alucinaciones.

Victoria Courtier, obrera de una fábrica de seda, también sudaba sangre, sobre todo de la cabeza, hasta al extremo de pagarse los cabellos y formar con la sangre una especie de pasta. Histérica, mística, exaltada con alucinaciones visuales y orales.

Luisa Latour, llamada la estigmatizada beige, también sudaba sangre; fué examinada detenidamente por la Academia Real de Medicina de Bélgica; el fenómeno de la hematuria era incontestable.

Paaba su vida en perpetuo ayuno; padecía alucinaciones; se traspasaba el pecho con la Montaña, durante sus éxtasis. Esta mujer realiza el tipo perfecto del histérico místico, y su vida es muy curiosa y relativamente reciente el caso, pues murió en 1883.

¿Para qué seguir? Me haría interminable. Fijase el lector que todos estos sudores de sangre son místicas, cuyo fenómeno ideal es la imitación de Jesús en todos los detalles posibles, y que todos estos místicos, neuróticos, psicopatas y autoagestionadores abarcan los mismos ó parecidos caracteres: origen humilde, familia devota, profesión compasiva u obrera; salud delicada, baja estatura; acesos de *stigmaphobia*, manía de caminar, manía de lagas, exaltación, éxtasis; afección a los flores y símbolos piadosos (Jesús investigando las Escrituras desde niño), sus parábolas, comparaciones, todo tomado de la Naturaleza y vida compuesta afán por la soledad, la oración y el ayuno; ataques, éxtasis, alucinaciones visuales orales (la voz en el basillano de Cristo); transportes aéreos, acesos de demencia (tentaciones en el desierto); compasión del prójimo llevada hasta la exageración; transmisión directa del pensamiento (colóquio de Jesús con la Samaritana), y ataques de angustia y sudor de sangre, de los que hemos citado tantos casos.

¿Podemos incluir la angustia figura de Jesús en este encaje? No. La, los sentimientos religiosos, los dogmas demuestran la angustia nos lo vedan; pero la Ciencia, que examina

El sarcasmo del sepulcro

«La paz os doy, la paz os doy», decía Jesús de Galilea a sus discípulos, en contradicción manifiesta con otras palabras suyas: «Yo no he venido a poner paz, sino espada; a separar al padre del hijo y al hermano de su hermano».

Por no haber escrito nada Jesús, ni haber tenido, al menos, como Sócrates, dos biógrafos serios y dignos de todo crédito, que no se contradijeron ni, a fuer de esotaristas, estaban interesados en mentir, dejó su personalidad y sus hechos a merced de todos los impostores que desdibujaron y ensombrecieron su augusta figura hasta ha erla contradictoria é indefinible.

Diciase que el mundo cristiano, al intentar la solución del conflicto entre esas dos frases, decidió que prevaleciese la última, la inhumana y belicosa. Todo lo que viene marcado con el sello del Galileo no produjo ni ocasionará nunca más que odio, división y guerra; todo, hasta la última y silenciosa mancha del cuerpo, su sepulcro.

«Será su sepulcro glorioso», había dicho el profeta. La tumba de Jesús carece de gloria, porque se ignora su lugar en la Tierra. No ha de ignorarse si tampoco se sabe con certeza que el Jesús hombre haya existido? ¿Quién podría probarlo siquiera como se demuestra la existencia de Platón ó de Julio César?

Si, en efecto, vivió, para darle por resucitado y viviente; allá sobre los cielos, sus discípulos contarán tan bien el cadáver, que se hizo im-visible hallarlo; ¿quién sabe si un día lo arrojará la tierra, como ha hecho con las momias de tantos personajes ilustres más antiguos que él? Será aquel día el último del Cristianismo dogmático.

Pero si el cuerpo estorbaba, no así la tumba. Fué necesario, a falta de la auténtica ignorada, una que lo pareciese, y la hicieron sacerdotes mentirosos, con torpezas tanta, que, según otros sacerdotes católicos modernos, basta verla para reconocer su falsedad. Probablemente no se es el primer sepulcro ficticio destruido por los turcos; el actual lo ha substituido: una mentira continuada por otra.

Dónde yacen los restos de infinitos

DE PASION



Capilla Real.

Un sermón... y una conquista.

Las coho menos cuarto:
cojo el sombrero,
y armado de carterías
y lapicero,
me encamino al vetusto
Palacio Real
a cumplir el encargo
de El Radical.
Según dice la nota
que he recibido,
el padre que predica
no es conocido
ni en Madrid, ni en Sevilla,
ni en Roma ni en Sanz,
y le llaman sus fieles
padre Morfán.
¡Morfán!... Yo te deseo
fortuna y gloria...
¡y no morfán amargues
con tu oratoria!

Penetro en la capilla
dificilmente;
las luces son escasas
y hay mucha gente.
No faltarán devotos
a estos sermones...
¡la obscuridad aviva
las tentaciones!
Llego a un rincón, aguardo
y oigo un suspiro.
¿Qué será, Dios eterno?
Me vuelvo, miro,
y me quedo, de azoroso,
petificado...
¡que devoto, señores,
tengo a la vista!
Yo juro que no he visto
mejor mis guapas;
¡por ella cambiaría
de acento el Papa!
¡Qué tal, qué endera,
qué redondeces!
¡Padre Morfán, mi gracia!
¡Te las mereces!

Y aquí doy el asunto
por terminado.
Yo no sé a punto fijo
si el padre ha hablado,
ni si el sermón ha sido
malo ni bueno...
¡Lo que sé es que este año
no me condeno!
Porque a las coho y media
precisamente
me fui con la devota
devoción...
y la hablé tan alma,
con tanto amor,
que quedamos conformes
en vernos luego.
Y auge que se esclava
de la abstinencia;
que se priva de todo
por penitencia,
y que a cenar conmigo
se compromete,
siempre que yo no quiera
darle un banquete,
cosa que no permite
la religión...
¡pero que haremos juntos
la colación!

Padre Morfán, ¡bendito
mil veces sea!
Te brindó el primer toro...
¡Para que veas!

Ramón Asensio Mas.



En las Calatravas.

Son las seis y media de la tarde. La tarde
es primavera, blanda, luminosa y fragante.
Encantador es el aspecto de la calle de Alca-
lá, invadida hasta el desbordamiento por
una maravillosa floración de lindas caras fe-
miniles, alegremente orladas por blancas
nubes de enojos o negras redes de ma-
drosos.

A pesar de la conmemorativa festividad
del día, no es posible sentir tristes en esta
tarde. La alegría de vivir se respira a pla-
nos pulmones y se entra por todos los senti-
dos con impetuosa y retorcida turbulencia.
Casi casi dan ganas de congratularse por la
muerte del buen Nazareno, cuya conmemo-
ración nos brinda tan hermosa fiesta.

Pero no: a mí no me toca tal congratula-
ción, porque precisamente en esta hora de
voluptuosos encanto he de encontrarme en un
templo entenebrecido y mal oliente a oír un
sermón pesado y aburrido, de seguro, sobre
aquella muerte celebrada con tan esplén-
dida fastuosidad pagana todas las primaveras.

Entró en las Calatravas, remolcado por
un bullicioso turbión de gente que me estu-
pe, oprimió y tumbó a empujones. Ya dentro,
un refugio contra la avalancha (circun-
stante, y me lo ofrece un rincón obscuro,
protector por una mesa petitoria para la
misma dedicada a la conservación de la fe.
La conservación de la fe! Meditando so-
bre la importancia y trascendencia, para
el insomprentable, quedó recogido y con-
centrado un momento, cuando una moza garbada
y rozagante, toda llena de belleza, lozanía y
donaire, vino a sentarse a la mesa petitoria
delante de mí, haciendo antes una larga se-
rie de gentiles evoluciones, en las cuales me
regaló con unos felinos rozamientos, perzo-
nos y uaves, la virtualidad más que sufi-
ciente, no ya para conservarme la fe, sino
también para desarrollármela y e avivármela
al más alto grado de fervor.

¿Quién se hubiera resistido a tan grata y
lucida catástrofe? Rendido procuré corres-
ponder a ella en la forma más amable y efu-
siva, en tanto que subió al púlpito y empezó
el sermón el padre Donatillo Fernández, ora-
ción vulgar, rampón y chabacano, que
al por un instante, logró vencer mi distra-
ción función de reconocimiento.
Constaté que la of alabanza de la belleza del
vicio de Getsemaní y ponderar la potencia

representativa de la imaginación, mientras
la misa vagaba, galada por el sentido me a
al hoc, en una exaltación deliciosa por un
valle más bello seguramente que el de Ga-
lilea.

Terminó el exordio del sermón, y termi-
nó a la vez el turno petitorio de mi bella
catequista, que se alejó provocativa y arro-
gante, dejándome lazo y mohino. ¡Qué bre-
ve fue el padre Fernández en su exordio, y
qué pesado y aburrido en su proposición,
perzosa y petitoria!

El padre Donatillo, cuyo tipo es más curial
y desagradable que su nombre, tiene una or-
atoria aún más desagradable y curial que su
tipo. Y ni siquiera sabe latín. Ahí va la
prueba. Exponiendo la angustia de Jesús
en el Monte de las Olivas, afirmó que aque-
lla fue producida por el temor de la mu-
erte, según él mismo dijo a sus discípulos en
estas frases: *Triste es animus mea usque ad
mortem*. ¡Cómo tradujo el padre Fernán-
dez!

Pues bien: todavía predica por que tra-
da.

Su sermón, deslabazado, pedestre y hueco,
aderezado con los más asquerosos y man-
didos lugares comunes, desahó mi prece-
dente catástrofe, relajando mi fe, tan
firme antes, en la conveniencia del recogimien-
to en los templos y en la eficacia con-
vincente de la oratoria. Desdichadamente,
la palabra es inferior al tacto, y todos los or-
adores sagrados juntos no tienen el poder
persuasivo de una linda devota.

¡Ah, mi hermosa catequista, vuelve a con-
vertirme, si quieres que fructifique tu labor
de ayer en las Calatravas!

Un Catecumenismo.

En el oratorio
del Caballero de Gracia.

El padre Lázaro, que predicó en el orato-
rio del Caballero de Gracia, debe de tener
may mal carácter, si se juzga por el furibun-
do enfado con que increpaba a cada ins-
tante, con voces destempladas y ademanes
descompuestos, al divino rep, según llama-
ba al desdichado Jesús de Nazareth, triste
víctima del fanatismo judío y de la mente-
cates cristiana.

Sin embargo, yo no creo que el padre Lá-
zaro tenga tan mal genio como indicaban
sus continuos exabruptos. Más bien opino
que éstos constituyen una martingala para
disimular la ignorancia del predicador, que
no sabe el sobre por dónde se andaba.
De ahí que no hiciera más que dar saltos
bruscos desde el principio al fin de la vida
de Cristo, esto es, desde el pesebre a la cruz,
deteniéndose con preferencia en el pesebre,
cátedra, según él, de las más grandes verda-
des. ¿Cuáles serán éstas? ¡El mugido del
buey? ¡El rebuzno de la burra? ¡La paja tal
vel vez? ¡Quéis saber!

En la vida de Cristo es relativo y tiene un va-
lor convencional, que hace explicable to-
dos los gustos y todas las opiniones.
¡Vaya con el padre Lázaro! ¡Qué de apuros
se hubiera evitado ayer con haber dedicado
un ratito a la lectura de los Evangelios! Pero
el sabrá por qué no lo hizo. ¡Los pobres
presbiteros tienen tantas preocupaciones!
Y han de ser más agradables que la de
predicar para este buen padre, para quien el
púlpito no fue ayer una cátedra, como el pe-
sebre, sino un instrumento de suplicio como la cruz.

De un repaso el padre Lázaro al proceso
de Jesús, del que ayer habló a lomas y a
loacas, si ha de predicar otro año sobre la Pa-
sión y no quiere verse como ayer en un
púlpito no fue ayer una cátedra, como el pe-
sebre, sino un instrumento de suplicio como la cruz.

En San Marcos.

Lope Ballesteros.
Entré en la misa de la iglesia (porque
más que de iglesia, tiene de misa eclesiás-
tica).

Entré, como digo; y aliento llevarla la con-
traria al cura párroco, que no dice entré. El
dico entré.

Este pedazo de cura, de gramático y de
cañero, le lleva, en clase de Ballesteros, va-
rios cuerpos de astucia y mil querido y laico
amigo el director de *El Imparcial*.

En clase de comandante y en cuanto Lope,
está muy por debajo de Lope de Rueda,
Lope, no sirve para besarle a Lope de Vega
la suela del zapato, ni aun los pedazos so-
brantes de algunas prendas interiores en
mal uso.

Por lo demás, Lope Ballesteros es un bi-
pede impudico (los calumniadores dicen pa-
luderno o canario) que dice una misa y
echa un sermón en menos tiempo que cobra
un pagaré y deshucia a un inquilino.

Entré a escuchar de su boca (véase cual-
quier bazon de la Casa de Ochores) la pa-
labra del Espíritu Santo, puesta en verso sacra-
dotal. ¡Lástima que alguna vez habrá esen-
chado Lope, aunque no lo haga enmendado,
como él dice!

¡Imposible! Imposible hacer cargo de semejantes
cosas en un chamoiz místico. Veinte estru-
ciones, treinta piteones y un solo tocamiento
deshonesto que no iba dirigido de cintura
abajo, sino al bolsillo del chaleco, impidió
cuenta avanzar, como yo quería, en el re-
sultado donde opera Lope.

Conque, huyendo de tan desagradable
braunda, me marché a casa a leer cosas
antifrancesas de Tiro y de Moreto, que tam-
bién eran ministros del Señor, aunque con
un poco más de intelecto y de palabra que
el Lope de guardavropa que trabaja en el
corral de San Marcos, padre espiritual y
consejero de la Pacheca.

Patricio Buenafé (hijo).

En San Ildefonso.

Sermón de Pasión.

Son las ocho de la noche cuando llegamos
a la Iglesia de San Ildefonso. Hay una con-
currencia regular.

En el púlpito púlpito, un pobre alarga a
los visitantes su mano suelta y llena de pos-
tomas, como la de Job, mientras con la otra
se rasca el cuerpo en todas direcciones.

Dentro, muchas mujeres con el moquero
puesto sobre la cabeza; unos hombres, con
trazas de electores falseos, detrás de una mesa
donde se pida dinero, y algunas parejas de
novios en la penumbra propicia y encubridora.

De vez en cuando brillan en el púlpito
unos gafas, y la nariz que las sostiene asoma
olifanteando el racinto.
Esta nariz y estas gafas pertenecen a don
Manuel Ibáñez Blasco, que, según una nota
que guardamos en el bolsillo, es el encarga-
do de explicar lo que la sucesión de la vi-
sión al oído se anticipa de Rostkóld
base mil novecientos once años.

Esta historia nos la colocan actualmente
al añadir un nuevo detalle.
Sabemos al dedillo cómo le prendieron,
cómo le amarraron y cómo le encerraron,
cosas todas que nos enseñan de manera elo-
cuente que siempre ha sido la justicia igual-
mente suave en sus procedimientos. Sabemos
cómo le crucificaron, porque todavía
no existía la ley de Jurisdicciones ni los
focos de Montjuich, aunque ya debía andar
La Clara por el mando.

Ahuacando la voz y poniendo cara fero-
che, el padre cura se encara con el Poncio
romano, y le grita:
—¿Qué has hecho, Pilatos?

Pilatos no contesta.
—¿Qué has hecho, hombre perverso y des-
creído? Y tú, pueblo de Israel, ¿qué has he-
cho de la hijo?

El pueblo de Israel tampoco contesta, y
entonces el cura se pone a contarnos su pro-
pia historia.

De las cosas que nos dice sacamos en con-
secuencia que este pobre hombre no es muy
muy persona; solamente un poco bruto. La
nota que llevamos en el bolsillo dice que es
desconocido, y después de oírle quedamos

Los sermones de hoy

SIETE PALABRAS



En las Servitas.

Las Siete Palabras,
por el padre Modesto Ba-
rrio.

Yo no sé si es este el Barrio
que ha metido tanta bulla,
porque en él halló Caralla
consonante para Elario.
Pero lo que sé es que insistió,
aun cuando me hagan fijeo,
en que es este sacerdote
de lo más bruto que he visto.

En la vida de Cristo es relativo y tiene un va-
lor convencional, que hace explicable to-
dos los gustos y todas las opiniones.
¡Vaya con el padre Lázaro! ¡Qué de apuros
se hubiera evitado ayer con haber dedicado
un ratito a la lectura de los Evangelios! Pero
el sabrá por qué no lo hizo. ¡Los pobres
presbiteros tienen tantas preocupaciones!
Y han de ser más agradables que la de
predicar para este buen padre, para quien el
púlpito no fue ayer una cátedra, como el pe-
sebre, sino un instrumento de suplicio como la cruz.

De un repaso el padre Lázaro al proceso
de Jesús, del que ayer habló a lomas y a
loacas, si ha de predicar otro año sobre la Pa-
sión y no quiere verse como ayer en un
púlpito no fue ayer una cátedra, como el pe-
sebre, sino un instrumento de suplicio como la cruz.

En la vida de Cristo es relativo y tiene un va-
lor convencional, que hace explicable to-
dos los gustos y todas las opiniones.
¡Vaya con el padre Lázaro! ¡Qué de apuros
se hubiera evitado ayer con haber dedicado
un ratito a la lectura de los Evangelios! Pero
el sabrá por qué no lo hizo. ¡Los pobres
presbiteros tienen tantas preocupaciones!
Y han de ser más agradables que la de
predicar para este buen padre, para quien el
púlpito no fue ayer una cátedra, como el pe-
sebre, sino un instrumento de suplicio como la cruz.

En la vida de Cristo es relativo y tiene un va-
lor convencional, que hace explicable to-
dos los gustos y todas las opiniones.
¡Vaya con el padre Lázaro! ¡Qué de apuros
se hubiera evitado ayer con haber dedicado
un ratito a la lectura de los Evangelios! Pero
el sabrá por qué no lo hizo. ¡Los pobres
presbiteros tienen tantas preocupaciones!
Y han de ser más agradables que la de
predicar para este buen padre, para quien el
púlpito no fue ayer una cátedra, como el pe-
sebre, sino un instrumento de suplicio como la cruz.

En la vida de Cristo es relativo y tiene un va-
lor convencional, que hace explicable to-
dos los gustos y todas las opiniones.
¡Vaya con el padre Lázaro! ¡Qué de apuros
se hubiera evitado ayer con haber dedicado
un ratito a la lectura de los Evangelios! Pero
el sabrá por qué no lo hizo. ¡Los pobres
presbiteros tienen tantas preocupaciones!
Y han de ser más agradables que la de
predicar para este buen padre, para quien el
púlpito no fue ayer una cátedra, como el pe-
sebre, sino un instrumento de suplicio como la cruz.

En la vida de Cristo es relativo y tiene un va-
lor convencional, que hace explicable to-
dos los gustos y todas las opiniones.
¡Vaya con el padre Lázaro! ¡Qué de apuros
se hubiera evitado ayer con haber dedicado
un ratito a la lectura de los Evangelios! Pero
el sabrá por qué no lo hizo. ¡Los pobres
presbiteros tienen tantas preocupaciones!
Y han de ser más agradables que la de
predicar para este buen padre, para quien el
púlpito no fue ayer una cátedra, como el pe-
sebre, sino un instrumento de suplicio como la cruz.

En la vida de Cristo es relativo y tiene un va-
lor convencional, que hace explicable to-
dos los gustos y todas las opiniones.
¡Vaya con el padre Lázaro! ¡Qué de apuros
se hubiera evitado ayer con haber dedicado
un ratito a la lectura de los Evangelios! Pero
el sabrá por qué no lo hizo. ¡Los pobres
presbiteros tienen tantas preocupaciones!
Y han de ser más agradables que la de
predicar para este buen padre, para quien el
púlpito no fue ayer una cátedra, como el pe-
sebre, sino un instrumento de suplicio como la cruz.

En la vida de Cristo es relativo y tiene un va-
lor convencional, que hace explicable to-
dos los gustos y todas las opiniones.
¡Vaya con el padre Lázaro! ¡Qué de apuros
se hubiera evitado ayer con haber dedicado
un ratito a la lectura de los Evangelios! Pero
el sabrá por qué no lo hizo. ¡Los pobres
presbiteros tienen tantas preocupaciones!
Y han de ser más agradables que la de
predicar para este buen padre, para quien el
púlpito no fue ayer una cátedra, como el pe-
sebre, sino un instrumento de suplicio como la cruz.

En la vida de Cristo es relativo y tiene un va-
lor convencional, que hace explicable to-
dos los gustos y todas las opiniones.
¡Vaya con el padre Lázaro! ¡Qué de apuros
se hubiera evitado ayer con haber dedicado
un ratito a la lectura de los Evangelios! Pero
el sabrá por qué no lo hizo. ¡Los pobres
presbiteros tienen tantas preocupaciones!
Y han de ser más agradables que la de
predicar para este buen padre, para quien el
púlpito no fue ayer una cátedra, como el pe-
sebre, sino un instrumento de suplicio como la cruz.

En la vida de Cristo es relativo y tiene un va-
lor convencional, que hace explicable to-
dos los gustos y todas las opiniones.
¡Vaya con el padre Lázaro! ¡Qué de apuros
se hubiera evitado ayer con haber dedicado
un ratito a la lectura de los Evangelios! Pero
el sabrá por qué no lo hizo. ¡Los pobres
presbiteros tienen tantas preocupaciones!
Y han de ser más agradables que la de
predicar para este buen padre, para quien el
púlpito no fue ayer una cátedra, como el pe-
sebre, sino un instrumento de suplicio como la cruz.

En la vida de Cristo es relativo y tiene un va-
lor convencional, que hace explicable to-
dos los gustos y todas las opiniones.
¡Vaya con el padre Lázaro! ¡Qué de apuros
se hubiera evitado ayer con haber dedicado
un ratito a la lectura de los Evangelios! Pero
el sabrá por qué no lo hizo. ¡Los pobres
presbiteros tienen tantas preocupaciones!
Y han de ser más agradables que la de
predicar para este buen padre, para quien el
púlpito no fue ayer una cátedra, como el pe-
sebre, sino un instrumento de suplicio como la cruz.

En la vida de Cristo es relativo y tiene un va-
lor convencional, que hace explicable to-
dos los gustos y todas las opiniones.
¡Vaya con el padre Lázaro! ¡Qué de apuros
se hubiera evitado ayer con haber dedicado
un ratito a la lectura de los Evangelios! Pero
el sabrá por qué no lo hizo. ¡Los pobres
presbiteros tienen tantas preocupaciones!
Y han de ser más agradables que la de
predicar para este buen padre, para quien el
púlpito no fue ayer una cátedra, como el pe-
sebre, sino un instrumento de suplicio como la cruz.

En la vida de Cristo es relativo y tiene un va-
lor convencional, que hace explicable to-
dos los gustos y todas las opiniones.
¡Vaya con el padre Lázaro! ¡Qué de apuros
se hubiera evitado ayer con haber dedicado
un ratito a la lectura de los Evangelios! Pero
el sabrá por qué no lo hizo. ¡Los pobres
presbiteros tienen tantas preocupaciones!
Y han de ser más agradables que la de
predicar para este buen padre, para quien el
púlpito no fue ayer una cátedra, como el pe-
sebre, sino un instrumento de suplicio como la cruz.

En la vida de Cristo es relativo y tiene un va-
lor convencional, que hace explicable to-
dos los gustos y todas las opiniones.
¡Vaya con el padre Lázaro! ¡Qué de apuros
se hubiera evitado ayer con haber dedicado
un ratito a la lectura de los Evangelios! Pero
el sabrá por qué no lo hizo. ¡Los pobres
presbiteros tienen tantas preocupaciones!
Y han de ser más agradables que la de
predicar para este buen padre, para quien el
púlpito no fue ayer una cátedra, como el pe-
sebre, sino un instrumento de suplicio como la cruz.

En la vida de Cristo es relativo y tiene un va-
lor convencional, que hace explicable to-
dos los gustos y todas las opiniones.
¡Vaya con el padre Lázaro! ¡Qué de apuros
se hubiera evitado ayer con haber dedicado
un ratito a la lectura de los Evangelios! Pero
el sabrá por qué no lo hizo. ¡Los pobres
presbiteros tienen tantas preocupaciones!
Y han de ser más agradables que la de
predicar para este buen padre, para quien el
púlpito no fue ayer una cátedra, como el pe-
sebre, sino un instrumento de suplicio como la cruz.

En la vida de Cristo es relativo y tiene un va-
lor convencional, que hace explicable to-
dos los gustos y todas las opiniones.
¡Vaya con el padre Lázaro! ¡Qué de apuros
se hubiera evitado ayer con haber dedicado
un ratito a la lectura de los Evangelios! Pero
el sabrá por qué no lo hizo. ¡Los pobres
presbiteros tienen tantas preocupaciones!
Y han de ser más agradables que la de
predicar para este buen padre, para quien el
púlpito no fue ayer una cátedra, como el pe-
sebre, sino un instrumento de suplicio como la cruz.

En la vida de Cristo es relativo y tiene un va-
lor convencional, que hace explicable to-
dos los gustos y todas las opiniones.
¡Vaya con el padre Lázaro! ¡Qué de apuros
se hubiera evitado ayer con haber dedicado
un ratito a la lectura de los Evangelios! Pero
el sabrá por qué no lo hizo. ¡Los pobres
presbiteros tienen tantas preocupaciones!
Y han de ser más agradables que la de
predicar para este buen padre, para quien el
púlpito no fue ayer una cátedra, como el pe-
sebre, sino un instrumento de suplicio como la cruz.

En la vida de Cristo es relativo y tiene un va-
lor convencional, que hace explicable to-
dos los gustos y todas las opiniones.
¡Vaya con el padre Lázaro! ¡Qué de apuros
se hubiera evitado ayer con haber dedicado
un ratito a la lectura de los Evangelios! Pero
el sabrá por qué no lo hizo. ¡Los pobres
presbiteros tienen tantas preocupaciones!
Y han de ser más agradables que la de
predicar para este buen padre, para quien el
púlpito no fue ayer una cátedra, como el pe-
sebre, sino un instrumento de suplicio como la cruz.

En la vida de Cristo es relativo y tiene un va-
lor convencional, que hace explicable to-
dos los gustos y todas las opiniones.
¡Vaya con el padre Lázaro! ¡Qué de apuros
se hubiera evitado ayer con haber dedicado
un ratito a la lectura de los Evangelios! Pero
el sabrá por qué no lo hizo. ¡Los pobres
presbiteros tienen tantas preocupaciones!
Y han de ser más agradables que la de
predicar para este buen padre, para quien el
púlpito no fue ayer una cátedra, como el pe-
sebre, sino un instrumento de suplicio como la cruz.

En la vida de Cristo es relativo y tiene un va-
lor convencional, que hace explicable to-
dos los gustos y todas las opiniones.
¡Vaya con el padre Lázaro! ¡Qué de apuros
se hubiera evitado ayer con haber dedicado
un ratito a la lectura de los Evangelios! Pero
el sabrá por qué no lo hizo. ¡Los pobres
presbiteros tienen tantas preocupaciones!
Y han de ser más agradables que la de
predicar para este buen padre, para quien el
púlpito no fue ayer una cátedra, como el pe-
sebre, sino un instrumento de suplicio como la cruz.

persuadidos de que el pobre señor será des-
conocido toda su vida.
Pasaron unos minutos, durante los cuales el
cura nos va relatando de manera recogida
todas las cosas desagradables que le pasaron
al hombre de las parábolas; y, al fin, seña-
lando el cura en dirección de la Corredora,
nos invita a que vayamos con él a la calle de
la Amargura.

—Oye, me dice un amigo; déjale que vaya
solo, que es la hora de cenar.
Yo me aliento dispuesto, sin embargo, a
acompañar a este pobre cura hasta la hora
de la muerte (de Cristo, naturalmente); pero
en aquel momento un beso mal comprimido
y mal calculado suena a mis espaldas, y veo
una chispa que se escha la manilla sobre la
cara con predilección.

—Yo me hallé dispuesto a todo menos a
esto, dice indignado mi amigo.
Y dando la enhorabuena a la señorita que
acababa de recibir el beso, nos fuimos
precipitadamente en mitad de la plaza de
San Ildefonso.

J. Rodríguez de la Peña.

En la Cara de Dios

Con animación extraordinaria — mucha
gente, mucho sol, muchos clavetes y mu-
chos mantones — se ha celebrado hoy la tra-
dicional romería de la Cara de Dios.
Desde las primeras horas de la madrugada,
aprovechando la esplendidez de la noche
y la luz de la Luna, comenzaron a llegar
a la calle de la Peñuela romeros y romeras,
que no iban precisamente a visitar la ermita
de la Cara de Dios, sino que se detenían
en las ermitas adyacentes.

Cierto que se necesita ser un impío para
fr, en un día como hoy, a divertirse de lo
lindo; pero es muy claro también que no
está del todo mal algún acto de compensa-
ción a las antipáticas espinitas.

Y en la Cara de Dios había hoy cada im-
pío con mantón de Manila y peinado de
bucles, que invitaba a la promiscuación!

Total: que la alegría fue con todos, que el
vino también anduvo en danza, que hubo
profusión de pitos, torraos y confitures,
y que no ocurrió ningún incidente desagra-
dable.

El asesinato de

Vicenta Verdier

(De nuestro redactor Sr. Gordón Ordás.)

PRESENTACIÓN

DEL ASESINO

LEON, 14. Salustiano Fernández Morales se ha presentado en la Inspección
de Vigilancia, declarándose ante el ins-
pector D. Francisco Cara Blanca autor del
asesinato de Vicenta Verdier. — C.

El asesino relata el crimen. —
Cómo se fugó. — En América. —
Regresa a España. — Vive del
juego en Bilbao y San Sebas-
tián. — Llegó a León. — El re-
mordimiento le hace entre-
garse.

LEON, 14. El asesino de Vicenta
Verdier ha ratificado ante el juez las
declaraciones hechas al inspector de
Policía Sr. Cara Blanca, manifestando
que es soltero, viajante, natural de Inca
(Menorca).

En Mayo de 1907 estaba empleado en
el Ministerio de la Gobernación y sos-
tenía relaciones amorosas con Vicenta
Verdier, que vivía en la calle de Tu-
desco, núm. 7, segundo, y que también
era amante del Sr. Romillo.

Enamoradísimo de ella, la instaba
para que consintiera en casarse.
Ella le rehusaba siempre.

El día del crimen fue a verla, insis-
tiendo él en sus pretensiones y ella en
sus negativas.

Tuvieron por esta causa un fuerte al-
tercado, y entonces él, excitadísimo, cogió
de encima de la mesa de noche una
navaja barbeta que usaba la Verdier
para cortarse los callos y le dio una
cuchillada en el cuello que, según el
agresor, no tuvo intención de matarla.

Al sentirse herida, Vicenta fué hacia
el balcón gritando y pidiendo socorro.
Al llegar junto al balcón cayó.

Entonces él salió del cuarto y bajó
la escalera tranquilamente, encontrán-
dose con la gente y con la pareja de
guardias que subían. Nadie se fijó en él
ni le dijo nada.

No volvió a la oficina del Ministerio
de la Gobernación. Arregló sus docu-
mentos, propóngose de ir a semar-
chó a América. En Buenos Aires per-
maneció empleado algunos años. Ra-
gó a Santander, colocándose de *crup-
pier* en el "Club Nántico".

En Octubre de 1910 se fué a Bilbao,
y desde allí a San Sebastián. También es-
tuvo en Avila, donde un médico le re-
comendó a sus compañeros de León.

El domingo último lo pasó en Palen-
cia; el lunes llegó a León, hospedán-
dose en el Hotel de París. Jugaba al trase-
lo y no pagaba sus pérdidas; sabiendo
además a los médicos de León.

Ayer se presentó en la Inspección de
Policía, declarando su delito, porque,
según él, le agobiaban los remordi-
mientos.

Es hombre fino, bien vestido, cult,
simpatizo. Está tranquilo.

Al declarar rogó a la Policía que no
le ataran y que le condujeran a la Cá-
rcel por las alforras para que no le vi-
saran los compañeros del hotel, en el que
se presentó con el nombre supuesto de
José González.

Ha ratificado que se llama Salustiano
Fernández Morales.

Mañana celebrará con él una «inter-
vión». — Gordón Ordás.



Varias noticias.

El valiente matador de toros Isidoro Flo-
res, que hasta poco tiempo tuvo la desgra-
cia de ver morir a su señora madre, tiene ho-
y, enferma de alguna gravedad a la menor d
sus hijas.

TRAJES A 2,50 pts. SEMANALES

Jacometrezo, 47, pral.
SASTRERIA MODERNISTA

GRAN FABRICA DE SOMBREROS Y GORRAS DE JOSE MARIA SANTOS

La casa que más modelos tiene para caballero,
y la que más barato vende

Inmenso surtido en fantasías de sombreros y gorras de niños y niñas precios increíbles

15 y 16, Plaza Mayor, 15 y 16

YARTINA Ó MATALOMBRICES

GRAN MICROBICIDA DE ACCION SEGURA Y RAPIDA

Es medio herético y sin riv. l. al que deben la vida millares de niños.
Toda caja lleva 2 sobres para su aplicación.
Vente en farmacia y droguerías, á pesetas 1,50 caja para niños y 3 para adultos.

Antinervioso Howard

O TONICIDAD DEL SISTEMA NERVIOSO

¡Antinervioso Howard! No olvides que existe este ANTINERVIOSO de preparación científica tan esmerada, conocida y fácil de tomar, como no hay otro medicamento. Os curará. Resolvéis toda caja que no sea de esta y carezca del nombre de sus depositarios: Pérez Martín y Compañía.

Venta en farmacias y droguerías á 4 pesetas caja

PASTILLAS CRESPO

DE MENTOL Y COCAINA

La enorme molestia que ocasiona la TOS se evita tomando estas pastillas sin rival, y sólo recordando sus positivos efectos por no haberlas probado, explica haya quien no las use. Son tan agradables al paladar como una g. losina. Tienen la inmensa ventaja de curar de olo y sus compuestos; no ensucian el estómago; quitan la inflamación de las mucosas y las desinfectan. Sólo dos pastillas atenúan la tos; usadas con constancia, la hacen desaparecer.

Venta en farmacias y droguerías, á pesetas 1,50 caja

Depositarlos por mayor de estos preparados: PEREZ MARTIN Y COMPAÑIA, Alcalá, 9, Madrid.

AUTOMOVILES MARCA "COLIBRI,"

Son los más prácticos
los más resistentes
los más baratos
los más á propósito
para nuestras carreteras

Exposición: calle del Arenal, 12

Catálogos y noticias, Sr. Tró, Almirante, 19

LA CENTRAL ANUNCIADORA

30, Fuencarral, 30. — Madrid

El último número de

EL PROGRESO Edición ilustrada

SEMANAL DE BARCELONA

Es un número notable. — 20 páginas

Republicanos: Comprad EL PROGRESO-10 cts. ejemplar

De venta en Madrid en el Círculo Radical, Príncipe, 12, y en los principales puestos de periódicos.

EL PROCESO FERRER

Resumen del mismo con todas las actuaciones hechas desde la detención hasta el fallecimiento. — Se remite pidiéndolo, con el importe de 0,50 pesetas ejemplar, á F. Hernández Mir, ROMA, 73, pral. MADRID

Company, tel. Fuencarral 29

AUTOMOVILES

Nadie compre sin consultar precios, concedidos por las más importantes fábricas, que carecen de representación en España, á amigos nuestros.

Con 30 por 100 más barato que los que se llaman almacenistas y fabricantes de joyería y relojería es la Casa

LÓPEZ HERMANOS

Compran oro, plata y platino

Montera, 13 Ventas al detall 13, Montera
13, Montera MADRID Montera, 13

CURA INFALIBLE DEL ESTOMAGO

CON

las Pastillas JEBA

Venta en todas las farmacias y droguerías

Depósito:

Caballero de Gracia, 10 y 12

Doctor Alcobilla (S. en C.)

CATARROS-TOS Jarabe de Heroína

(BENZOCINAMICO)

del Dr. Madariaga.

AGRADABLE y eficaz remedio contra los catarros respiratorios y crónicos, tos, ronquera, fatiga y expectoración consiguientes, y auxiliar insuperable de los diferentes tratamientos para curar la tuberculosis, según numerosos testimonios factitativos, FRASCO, 8 PESETAS, Plaza de la Independencia, núm. 10, Madrid, y principales farmacias de España.

TUBERCULOSIS

Legalmente constituida

QUINCE AÑOS de EXISTENCIA



Jóvenes sin carrera

Estudios por correo, sin salir de casa, para obtener en seis meses el título de Tenedor de Libros. Pedid detalles; clases para los de Madrid, de día y de noche. Se admiten internos. Se colocan alumnos. MONTERA, 43.

SOCIEDAD GENERAL

— DE —

ANUNCIOS DE ESPAÑA

Montera, 19, MADRID. — Teléfono 517

Esta Sociedad admite anuncios, reclamos y noticias para todos los periódicos de Madrid, provincias y extranjero. — Ofrece á los anunciantes é industriales combinaciones de publicidad en condiciones de precios excepcionales. Envía tarifas á las personas que las pidan.

Se admiten esquelas

AGENCIA DE ANUNCIOS DE DOMÍNGUEZ

8, MATUTE. 8. — MADRID

CROQUIS TELEGRAFICOS

con arreglo al programa para la actual convocatoria de Telegrafos, por el Oficial del Cuerpo D. Pedro Padilla

Precio: 4 pesetas.

De venta en el domicilio del autor, calle de Colón, 8, 3.º, centro derecha, y en la Dirección general de Telegrafos, portería.

Á los pedidos deberá acompañar su importe en letra de fácil cobro.

AUGUSTO OBREGON

JOSE S. CABALLERO

DELINTEANTES

Jacometrezo, 57

Se encargan de toda clase de trabajos.

República Argentina

SEÑORES VIAJEROS: Cuando acudáis á Buenos Aires, pedid habitaciones á

JUAN CORDEU, propietario del

Gran Hotel Eslava y Gran Hotel Castilla

ambos situados en la Avenida de Mayo, lo mejor de la ciudad.

Hoteles de gran confort. Lujo insuperable. Restaurant á la carta. Cocina española. Orquesta. Terraza.

No lo hay mejor.



EL RADICAL

DIARIO REPUBLICANO

Administración:

Príncipe, 12, segundo izquierda

Gerente:

ALEJANDRO BERROUX

Apartado de Correos, núm. 292

Teléfono 1390

SUSCRIPCIONES	Mes.	Trimestre.	Semestre.	Año.
Madrid	1,50	4,50	9,00	18,00
Provincias	>	6,00	10,00	20,00
Portugal	>	7,00	14,00	25,00
Gibraltar	>	7,00	14,00	25,00
EXTRANJERO				
Unión Postal	>	10,00	20,00	40,00
Países no comprendidos en la misma ...	>	15,00	30,00	60,00

PAGO ADELANTADO

Número suelto, 5 céntimos; 25 ejemplares, 75 céntimos.

TARIFA DE ANUNCIOS

Línea del cuerpo siete, en cuarta plana: 40 céntimos de peseta.

Reclamos de tercera plana: 1 peseta línea del cuerpo ocho.

Noticias: 2 pesetas línea en tercera plana.

Artículo industrial: 3 pesetas línea.

Remitidos, comunicados, informaciones y esquelas fúnebres, á precios convencionales.

Cada anuncio abonará 10 céntimos de peseta de impuesto por inserción. (Ley de 14 de Octubre de 1896.)